

**LA MUERTE COMO TEMA INMERSO EN LA OBRA DE  
TOMÁS VARGAS OSORIO: ANTOLOGÍA TEMÁTICA**

**Johan Flórez Hurtado**

## DEATH AS A THEME IMMERSSED IN THE WORK OF TOMÁS VARGAS OSORIO: THEMATIC ANTHOLOGY

Hay que aprender a morir. En eso consiste la vida,  
en preparar con tiempo la obra maestra de una  
muerte noble y suprema, una muerte en la que  
el azar no tome parte, una muerte consumada,  
feliz y entusiasta como solo los santos supieron  
concebirla

(Rainer María Rilke)

Tomás Vargas Osorio nació en 1908 y, como se evidencia en su obra, tanto en sus poemas como en sus novelas, se preparó para la muerte durante gran parte de su vida, siendo el clímax su confrontación con aquella a sus treinta años por causa del infortunio del cáncer. No obstante, su enfermedad no lo derrotó, sino que le dio incluso más valor para escribir; y por esto, Vargas no ha muerto y sigue en la memoria de Santander y de Colombia. Además, como lo pensaría

él mismo, si se recuerda y no cae en el olvido, entonces sigue vivo. Quizá por eso, su obra poética más trascendental la escribió durante su convalecencia y, no por casualidad, la llamó *Regreso de la muerte*. La muerte y el paso del tiempo son dos temas recurrentes y, hasta podría decirse, obsesivos en su escritura y revestidos de un existencialismo con una postura filosófica manifestada en sus inquietudes.

Su cuerpo abandonó los paisajes de Santander muy tempranamente, en el fatídico diciembre de 1941, pero su alma sigue en pie gracias a su espectacular capacidad de plasmar su vida, sus pensamientos con su ágil pluma y su actitud vital ante la muerte. Vargas renace, paradójicamente, a cada instante que un lector o investigador incursiona en sus textos llenos de ideas sobre la muerte.

### LA MUERTE EN SUS NOVELAS

En su novela *Infancia*, Vargas Osorio (2002a) muestra cómo la vida de un niño terminó con un pecado, pero deja abierto el camino para un nuevo inicio, quizás, en su segunda parte: “Mi niñez se quemaba, se hacía

#### AUTORES

##### Johan Flórez Hurtado

Magíster en Salud Sexual y Sexología Clínica, UNED

Especialista en Epidemiología, UNAB

Médico y cirujano, UdeA

Profesional en Estudios Literarios, UNAB (c)

**Correo electrónico:** [jflorez422@unab.edu.co](mailto:jflorez422@unab.edu.co)

**ORCID:** <https://orcid.org/0000-0003-0167-3242>

**Recibido: 29 de mayo 2018**  
**Aprobado: 15 de octubre 2018**

cenizas, desaparecía como arrastrada por un viento turbio y sofocante” (p. 28). Sin embargo, su vida de niño inocente pudo haber terminado y pasará a un nuevo ciclo donde no será pecado tocar unos pechos. De alguna forma es el sentimiento de la pérdida de la infancia, o la transformación de un paraíso idílico al que no volverá. Es un despertar al mundo sensual y a las pasiones terrenales. El pecado es, en este caso, un estado mental consecuente con una percepción de sentimientos encontrados; es decir, ¿no es suficientemente fatal sentir que una etapa de la vida arde en llamas, se calcina y se esfuma? Pero no tendría que ser así, puesto que seguramente con el tiempo, vendrá una nueva vida para este niño, donde renacerá en el amor mencionado por Vargas (2002a): “¡Qué amor tan dulce el que entonces empecé a experimentar por Helena! Ella tenía cinco años más que yo, pero yo la amaba con toda mi sangre, que se hacía radiante en su presencia” (p. 23). La experiencia amorosa que Vargas plasma en sus escritos no es precisamente idílica o plena, puesto que tiene como telón de fondo el sentimiento de la pérdida de la amada o la añoranza de la belleza. Tristeza y amor: dos sentimientos que se expresan con fuerte pasión, un apagón de luces y un encuentro con la muerte, en el primero; pero se convierte en un absolutamente innegable renacer a la vida, en el segundo. Y es que eso es la vida, como dije. La vida se torna finita y fugaz en medio de la melancolía, pero luego de apagarse la llama de la vela, se enciende otra vez: se renace.

Se despliega de lo anterior una idea inicial que debate aspectos religiosos en los planteamientos de Vargas Osorio respecto a la muerte y que ratifica en *La familia de la angustia* (su cuerpo de ensayos): la duda respecto a la eternidad del ser humano y su salvación.

A lo que el hombre aspira con todas sus fuerzas y ansias es a salvarse. El sentimiento de su salvación es lo que lo ha hecho en-

gendrar la historia. Esta no es, en todas las épocas, sino el trágico esfuerzo por acallar y vencer esa recóndita conciencia de culpabilidad que hay en él y que durante algunos periodos humanos se recrudece, se hace más concreta y sensible. ¿De dónde le viene al hombre esta conciencia de culpabilidad? No puede provenirle sino de la constatación del hecho inmodificable de su fugacidad en el mundo, de su orgullo que se rebela contra el tránsito efímero sobre la vida. Ni las civilizaciones ni las culturas han podido arraigar del hombre de todos los tiempos este terror atávico, que es lo que lo hace agitarse y moverse en todas direcciones buscando su salvación, que para él no es otra cosa que dominar el temor de la muerte, inmunizar contra su poder, poder creer, al fin, en una vida eterna (Vargas, 1990).

Religión, vida eterna y muerte son temas que expone Vargas en el anterior fragmento. Esencial es el temor a la muerte, con el que convive muchas veces el hombre; su vida se va huyendo de lo inevitable, pero en el momento en que se toma conciencia de lo perenne de la vida y en ese límite natural del ser humano, “se despoja de la utopía religiosa supramundana basada en el perdón de los pecados y la salvación en la vida eterna” (Peña, 2015, p. 47). Precisamente este fue uno de los pasos agigantados que dio Vargas Osorio durante su vida y, en ese sentido, logró prepararse para la muerte, sin dejar de vivir ni un segundo.

No es complejo saber que la vida física, del cuerpo, así tangible y a secas, es finita. La finitud es, entonces, el camino desde el nacimiento hasta la muerte. De acuerdo con Mèlich (2002), “la muerte no forma parte de la finitud, más bien es su condición y al mismo tiempo su negación” (p. 29). Es cierto que muchas veces es necesario conocer esto para no

dejar morir en suspiros sentimientos que podrían acercarnos a vivir otras vidas, otras pasiones y placeres, propios de la existencia humana y que obligan a repensar la misma. Quizá por esto, Vargas mostró esa parte de motivación hacia el análisis de la muerte en elementos cotidianos como los ocurridos en *La aldea negra*, en la cual, enfermedad y muerte son cara y cruz de la misma moneda, con epidemias que asolan a una población ribereña enterrada en el abandono hasta la muerte.

Algunos se hinchaban y morían también y los dientes blancos quedaban brillando al sol. Era horrible aquello, pero en la aldea ya todos estaban acostumbrados a estos males. Enterraban los muertos, se emborrachaban y danzaban durante tres noches y luego todo seguía lo mismo. (Vargas, 2002b, 108)

Lo que no deseaba Vargas era, especialmente, esa última frase (“y luego todo seguía lo mismo”); él quería un cambio: una expresión de conceptos que modificaran la cultura hacia la vida, un poco desde la muerte, para convertir a los hombres en seres con más disfrute de elementos simples y hermosos —de ahí lo inconmensurable de las descripciones paisajísticas de sus obras— que mitigaran en parte, el miedo al olvido, el cual era más preocupante que el miedo a la muerte, para él. Como lo expresó Arcila (2015): “En este aprendizaje vital se consigue renacer en nuevos trazos de sentido; en nuevos caminos de significación donde el lenguaje es arte en el presente narrativo de la memoria y el olvido” (p. 420). Ese deseo de Vargas de cambiar las cosas que observaba a su alrededor debió acarrearle varios desacomodos profundos y dificultarle la integración a una sociedad que transcurría con otra intensidad, con cierto retraso a sus ideas liberales y visionarias. No obstante, él supo apreciar la belleza de su

entorno y de aquello que leía, lo cual transformaba prontamente en materia de escritura.

El olvido también es un elemento importante en la transmutación de los sentimientos y de la vida, ya que con él mueren situaciones e individuos. La finitud de la vida se relaciona con el olvido y la memoria. Si algo vive en la memoria, entonces no ha muerto, sino que se transformó y pasó de lo tangible a lo intangible, sin que se niegue su existencia. Pero esa misma memoria es la causal de la melancolía, que se encarga de eclipsar la diversión y el placer en la vida. Así le pasó a don Daniel, como lo expresó Vargas Osorio (2002a) en su novela *El último Hidalgo*: “Don Daniel, solo en su casa, (...) sintió que ya no era el mismo, que ya no podía volver a serlo” (p. 89) y expresó luego “Mi hora ha llegado, quizás demasiado tarde. Quizás he vivido más de la cuenta” (p. 93). Pero ¿cuál fue la causa de la melancolía de don Daniel? Él sentía ya la finitud de su vida; sentía que su camino ya estaba casi terminado. Además, no encontraba un sentido para seguir, ya que se bañaba de noche, tristeza y soledad, y el alba lo despertaba con recuerdos y melancolía por la partida de sus hijos. Estaba solo y ya no era tan recordado por sus hijos.

La memoria es, pues, otra forma de permanecer en la vida. Mèlich (2002) fortalece este concepto, puesto que afirma que: “Por la memoria se hace presente lo ausente pasado, que es al mismo tiempo la condición para desear lo ausente futuro. Por esta razón, sin la memoria no sería posible el deseo y, por tanto, la esperanza” (p. 97). Don Daniel no le temía a la muerte del cuerpo físico, pero sí parecía embargado de pena por la muerte de su esperanza para levantarse cada día —él había muerto en sentimientos, a pesar de respirar—; le temía más a la soledad y al olvido que a la propia muerte. Además, él había escuchado las palabras de su amigo el médico —que representa, para Tomás, la parte científica y cruda de la realidad tangi-

ble—, en la obra de Vargas (2002a): “La muerte es un fenómeno natural. Nuestro cuerpo es un mecanismo que se va descomponiendo poco a poco” (p. 83). No obstante, aunque la muerte se trate de algo natural, asimismo lo es el amor. ¡Y bien complejos de abordar son estos dos procesos!, ya que rompen con todos los esquemas habituales de pensamiento.

Para concluir, el cuerpo físico se deteriora por diversas situaciones, incluyendo el tiempo, y deja de funcionar en algún momento. El qué pasa después de la muerte o la existencia del alma, forman parte de otros temas que, asimismo, abarcó Vargas Osorio dentro de su gran ingenio. Una vida ausente de sentimientos plenos, los cambios que estos generan y los aprendizajes que nos muestran, puede convertirse realmente en la finitud de la vida. Se necesitan las locuras del amor, la pasión y el dolor, para pensar la propia vida y para discernir entre las abundantes opciones que surgen en el camino. Así pues, Mèlich (2002) afirma:

Nacimiento, amor, sufrimiento y muerte, he aquí los acontecimientos propios de la condición humana. El recién llegado, el enamorado, el sufriente y el moribundo son figuras que rompen instantáneamente nuestra cotidianidad y nos obligan a repensar la existencia, son figuras que desafían el orden del discurso, que escapan al orden institucional. (p. 120)

Pero estas figuras no tienen que ser dramáticas y caóticas, puesto que tienen su connotación especial, misteriosa, pura y cálida, como lo ratifica Tomás en su obra *Vida de Eugenio Morantes*:

Involuntariamente se pensaba en la muerte, como si ésta fuera un paisaje de invierno con sus cúpulas nevadas, sus ríos congelados, sus árboles de mármol, su fauna de cristal. Acaso estos datos justificaban que Eugenio

Morantes hubiera decidido desde ese día llevar un diario y que lo primero que escribió en él fuera una cosa confusa, sin significado: “El corazón. La selva. El corazón. El mar. El corazón. La noche”. (Vargas, 2002b, p. 171)

Por trágica que sea la experiencia de la muerte, en Vargas Osorio, la sutileza con la cual recrea esta experiencia y el uso tan cuidadoso del lenguaje, le otorgan un sitio de privilegio en su breve trayectoria.

### LA MUERTE EN SUS POEMAS

Una de las mejores formas, poéticamente hablando, de expresar las ideas sobre la muerte (a la vez que la riqueza geográfica de Santander) es el inmenso uso de metáforas y adjetivos que dan características más vivas a lo observado, lo cual deja en manifiesto dos elementos fundamentales de cualquier artista: los sentimientos que en él se suscitan con su propia visión del mundo y su gran estilo literario con un vasto universo en sus manos para expresar lo sentido como si fuera un infinito y preciso rocío que cae sobre un desierto árido de frescura. Esto hace que la obra *Santander, alma y paisaje*, aunque sea una recopilación de ensayos, no pueda obviarse como una fuente vasta de poesía, con lo que recuerda que los ensayos pueden contener grandes riquezas literarias. Por este motivo, es posible perderse un poco en su discurso descriptivo y poético hasta olvidar por instantes que se trata de ensayos serios y rigurosos sobre la región santandereana, su territorio, su gente y su espíritu.

De acuerdo a Vargas (2001), “el drama del alma santandereana es este: la aspiración a la medida” (p. 71), en la cual aparece implicada la muerte como “un anhelo de armonía consigo mismo y con el mundo circundante” (p. 72); es decir que, durante el proceso gratificante de la vida en relación con el paisaje y el entorno, se adentra al conocimiento de la finitud intangible y relativa de la misma, puesto que ella se continúa con la muerte.

Para continuar la exposición sobre cómo la muerte no es tragedia para Vargas Osorio, no hay nada mejor para explicarlo que un fragmento de su poema *La muerte es un país verde*, el cual mezcla pensamientos poéticos al respecto y parece ir de la mano, como si hubiese sido escrito al mismo tiempo, de *Santander, alma y paisaje*:

La muerte es un país verde  
con un pájaro cantando en esa rama última  
que tiembla de azul frío.  
¿Hace frío en la suave pradera?  
Gotas dulces y frescas de las móviles  
frondas  
del viento, de las nubes, del viento,  
bajarán a calmar la fría sed de los huesos.  
La muerte es un país verde.  
Y ríos hay rumorosos, de ondas infinitas,  
y colinas y trinos. Y uno estará solo,  
perfectamente solo, sin su corazón, sin su  
memoria,  
suprema dicha de la soledad que se alza  
de uno mismo  
-viva- y uno no la siente. (Vargas, 2002b, p. 118).

El poemario de Vargas Osorio (y con muestra en la primera estrofa anterior) destaca su inclinación por los simbolistas; no en vano lo incluyen como un piedracielista más en la lista colombiana. Nuevamente expresa Vargas ese sinergismo antagónico entre vida y muerte. Muestra la muerte como una transición, una especie de despertar placentero de conciencia sin memoria y sin corazón; algo así como una paz infinita desde la soledad. Pero no es algo malo, puesto que la pinta color verde, frecuentemente relacionado con

la esperanza, con un pájaro azul (color que expresa calma), en conjunto, conforman una imagen plena de vida, de los paisajes de su Santander preciado.

No puede dejar de mencionarse su gran poema *Regreso de la Muerte*, en el que muestra el arraigado sentido religioso del ser humano, y que usa para manifestar su inconformidad con el pensamiento de la vida en el más allá.

Las oscuras arterias, anegadas  
fueron de Dios por la marea clara  
de sus ojos –zafiro diluido-:  
más azules que el alma del estío.  
¿Dónde ahora la sangre turbulenta  
que amó y odió, ya dulce y ora fiera,  
que edificó ciudades de deseo?  
Se derrumbaron éstas, arrasadas:  
No quedó ni el lugar de una palabra.  
Pétreas, albas ciudades de silencio  
se alzaron. Como un cuervo huyó el deseo  
y sólo quedó sitio para el alma. (Vargas,  
2002b, p. 234).

Este poema se relaciona enormemente con el otro llamado *Diálogo*, en el que Vargas resume las inquietudes planteadas en el inmediatamente anterior:

¿Y mis deseos?  
¿Y mi sangre?  
¿Y mi espíritu?  
¿Y lo que yo creía eterno?  
¡Bah, Volanderas cenizas! (Vargas, 1939).

Vargas solicita directamente una explicación a las dudas manifestadas en su poema *Regreso de la Muerte*, pero afanadamente lanza una exclamación de desprecio para expresar que no le importan las respuestas: “¡Bah, Volanderas cenizas!”. Con lo inmediatamente anterior, expone Tomás el sentido del sufrimiento humano como parte de su misma vida finita y como herramienta útil para sentir; además, la presencia del paso del tiempo y la llegada, quizá no tan inesperada, de la innecesariamente irremediable muerte. Vargas Osorio evidencia cierto grado de escepticismo en su obra, enmarcado no solo en la plena conciencia de lo corta que será su vida sino en su capacidad para entranar cuestiones existenciales desde la propia literatura.

## REFERENCIAS

Arcila, C. (2015). Filosofía de la finitud. *Ciencias Sociales y Educación*, 4(7), 420.

Mèlich J. C. (2002). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.

Peña, L. (2002). *La crisis de Tomás Vargas Osorio en el cruce de caminos entre el decadentismo europeo y el superrealismo americano*. Bogotá: PUJ. Recuperado el 20 de abril de 2018 de <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/15932>

Vargas, T. (1939). Diálogo. *Revista de las Indias*, (7), 295.

Vargas, T. (1990). *Obras completas tomo I*. Bucaramanga: Imprenta Departamental de Santander.

Vargas, T. (2002a). *Biografías imaginarias*. (1ª ed.). Bucaramanga: UNAB.

Vargas, T. (2002b). *Obras completas de Tomás Vargas Osorio*. (2ª ed.). Bucaramanga: Fundación El Libro Total y (Sic). Recuperado el 26 de abril de 2018 de <https://www.ellibrototal.com/ltotal/>

Vargas, T. y Agelvis S. (2001). *Santander, alma y paisaje*. Bucaramanga: UNAB.